Rosamel del Valle

Tal vez como en todas partes:

Nueva York en crónicas, postales y nostalgias

EDICIÓN DE MACARENA URZÚA

Índice

Prólogo 7

Postales coloridas 15

Recorridos por la ciudad de Nueva York

Chinatown o los misterios de Nueva York 17
Sinfonía nocturna en Times Square 24
La primavera entró en Nueva York por la Quinta Avenida 32
Una mujer me espera en Pennsylvania 37
Nueva York Merry-Go-Round 42
Conversación con las ardillas del Central Park 46
El hombre solo en Nueva York 52
Visita a la tumba de Edgar Allan Poe en Baltimore 57
El verano en Van Cortlandt Park 64
Magia invernal de Manhattan 70
Primavera en New York 75
Recuerdo del cementerio de Lynbrook 78
Walt Whitman en Brooklyn 81
¡Buenos días, Nueva York! 84
Sueño de una tarde de verano 90

Más allá del Central Park 97

Brooklyn, Harlem y alrededores

Canción negra en Harlem 99
Una boda negra en Brooklyn 104
La muerte americana 111
Las lágrimas de Santa Ana 117

Los negros, la nieve y el Central Park 123
En un templo negro de Harlem 126
What a beautiful morning 129
La noche de las brujas y de los muertos 137
Crónica menor en torbellino 143
El día de las "Valentinas" 149
Boston antigua y moderna 155

Lo raro 161
El diario de Nueva York
En el Hayden Planetarium 163
Almanaque de Nueva York 168
La vida comienza mañana 176
El vampiro de Londres 178
Mientras caen las hojas de los días 183
El caso de los corazones solitarios 189
La televisión última maravilla 195
Los fenómenos de Coney Island 202
El ojo mágico de Daily News de Nueva York 209
Abril en Manhattan 216
Las nubes van a cerrarse sobre ti 222

Goodbye, New York 229
Segundo adiós al Greenwich Village 231
Canción de adiós a Nueva York 238
Bowling Green Station 245
Gozo y melancolía del regreso 252

Prólogo

Por Macarena Urzúa Opazo

"Pero si no es Nueva York la ciudad que trata de encender la vieja lámpara de la cultura universal, que alguien me corte una de las dos manos. Y la otra que me la dejen para escribir mentiras".
"Canción negra en Harlem", *La Nación*, 1947

Si tuviera que describir las crónicas de Rosamel Del Valle en pocas palabras, diría que conforman un viaje poético, a la vez que un constante vaivén de una escritura entre la nostalgia y el asombro. Sus reportes desde Nueva York para *La Nación* (1946-1960), se configuran en parte como diarios de viaje, apuntes y reflexiones poéticas sobre imágenes documentales y fotográficas, las que el poeta va enfocando según el énfasis con el que intenta retratar las diversas escenas de la vida cotidiana y de la cultura local de la isla de Manhattan y sus alrededores. El cronista es además de escritor, un viajero que nunca abandona su condición de poeta ni tampoco su primer asombro. Rosamel es el individuo foráneo, que conoce de antemano muchos de los lugares recorridos, gracias a sus lecturas. En este sentido el cronista no deja nunca su oficio primero, el de escritor y poeta, alumbrando así una parte de su arte, por una parte, y la de su oficio de reportero, por otra: "para escribir mentiras".

Nueva York como espacio urbano ha asombrado a numerosos escritores y poetas hispanos y latinoamericanos, quizás uno de los primeros sea el poeta viajero brasilero Sousândrade [Joaquim de Sousa Andrade] con su poema "El infierno de Wall Street" (en *O guesa errante*, *ca*. *1870*), conjugando el rol del cronista y reportero con el de poeta. Así, la ciudad de Nueva York ha tenido un lugar preponderante en el imaginario literario hispanoamericano, traspasando a autores, poetas y cronistas como Rubén Darío, José Martí, Federico García Lorca con su obra *Poeta en Nueva York*, por nombrar algunos autores, o bien la publicación de *Desolación* de Gabriela Mistral en 1922, por Barnard College en la Universidad de Columbia, NY.

La fascinación por la ciudad de Nueva York, cautivó a muchos escritores y artistas y formó parte relevante en la trayectoria de otros chilenos como Vicente Huidobro, Juan Emar y las escritoras María Luisa Bombal y Gabriela Mistral. Del Valle se siente partícipe de estos recorridos, a través de los pasos dados anteriormente por sus antecedentes literarios, como señala en la siguiente crónica "Canción de adiós a Nueva York":

> Aquel mar era el primer Rubén Darío azul y lleno de sueños y de sirenas que bebían "orange juice" en vez del "rubio champán". Entonces, y de pronto, me dije: "Mañana tendré el de Tristán Corbière: infinito, furioso, solo y cruzado por barcos fantasmas".
>
> Ya he dicho y contado mi amor por el Times Square, el corazón en torbellino de Manhattan. Vuelvo allí y todo es como siempre: una formidable corriente humana que vaga sin cesar de un lado a otro y bajo luces de colores y ruidos ensordecedores. (*La Nación*, 1948).

Rosamel Del Valle deambula entre Brooklyn y Harlem, entre la poesía y música del *Harlem Renaissance*, los conciertos del

Lincoln Center y los "freak shows" de Coney Island. Así sus crónicas refieren tanto a estas andanzas como a sus visitas a museos, planetarios, a la televisión por dentro y a las infaltables librerías. En todo este deambular, surgirá también la amistad poética en nuevos encuentros (reuniones con artistas como el escultor Tótila Albert o el fotógrafo Marco Chamudes, o el poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen), afectos que se suman a la persistente evocación de sus amigos chilenos, entregando en su scrónicas un constante homenaje a sus lazos amistosos y poéticos, tanto de los presentes como de los ausentes.

Leonardo Sanhueza relata la siguiente anécdota de un Rosamel Del Valle, recién llegado a Nueva York con una cámara Leica colgada al cuello, recorriendo la ciudad, con un cartel que decía: "Soy Rosamel Del Valle / Poeta / No sé hablar inglés", así consigna este hecho en la introducción a las *Crónicas de Nueva York*, publicadas en el año 2002. Sobre aquellas fotografías, hay pocas noticias, más que algunas desperdigadas en el archivo de *La Nación* de la UDP. Sin embargo, podríamos imaginariamente ilustrar algunas crónicas, con fotografías de Marco Chamudes o de Lola Falcón, chilenos en Nueva York, contemporáneos a del Valle.

En esta red de compatriotas situados en este mismo espacio tiempo, se encuentra otro personaje, Armando Zegrí, autor de la novela, *La mujer antiséptica* (Ercilla, 1942), quien fuera además dueño de la galería de arte Sudamericana o galería Zegrí en Soho (cuya colección fue aparentemente donada al Museo de la Solidaridad Salvador Allende). Zegrí aparece como un componente fundamental de este engranaje de redes y amistades en la que confluyeron muchos artistas sudamericanos presentes en Nueva York, a través de su galería. Este personaje es nombrado en las cartas de Rosamel a Humberto Díaz-Casanueva, poeta y diplomático que ostenta un puesto en la recién creada Naciones

Unidas. Es gracias a su gestión que Rosamel Del Valle viaja a Nueva York en 1946 con el trabajo de corrector de pruebas*. También es nombrado en alguna que otra crónica, llevando a imaginar junto con esas fotos perdidas, a la animada banda chilena-neoyorkina comiendo cazuelas, bebiendo vinos y otros mostos, albergados por la hospitalidad de Zegrí.

Además de la amistad y evocaciones presentes a lo largo de estas crónicas, una mención fundamental la constituye la peregrinación literaria realizada por el cronista durante su estadía en los Estados Unidos. En estas crónicas, los protagonistas serán Edgar Allan Poe y Walt Whitman. Sumado a la literatura, se encuentra el interés de Rosamel por los estrenos de cine, el mundo de la radio, la música, los conciertos, las comidas y por último los diversos tipos humanos que marcan la atractiva diversidad de Manhattan. Fundamentalmente es posible leer en estas crónicas el asombro de del Valle, ante los diversos orígenes étnicos y sobre todo su curiosidad, a artos algo ingenua, curiosa pero entusiasta por la negritud y el mundo cultural afroamericano, en crónicas sobre el Harlem, el Bronx y el cantante / poeta Paul Robeson. Aunque mirados con la perspectiva del tiempo, muchos de sus comentarios nos parecerían inauditos o políticamente incorrectos al día de hoy, resulta interesante atender a esa óptica en donde las ideas en torno a la raza, y a veces concernientes también al género, se

* La amistad entre los escritores nace en 1923, tal como lo consigna la cronología que aparece en *Elina aroma terrestre* (1983) donde se señala que Rosamel Del Valle "Es invitado por la Asociación de los Cuadros Artísticos Obreros de Chile a dictar una conferencia sobre la obra de Gabriela Mistral. A raíz de esta conferencia conoció a Humberto Díaz-Casanueva. Surge entre ellos una entrañable amistad" (153) La cual se extendería por más de cuarenta años, y que se haya registrada en la extensa correspondencia entre ellos sostenida, así como en el constante diálogo fraternal en torno a sus afectos, así como también alrededor de sus poéticas.

entremezclan para conformar una opinión en donde lo humano formará parte de ese nuevo paisaje descrito por la crónica. Es, por tanto, menester leer estas notas con esa perspectiva temporal e histórica, siguiendo la clave de que es Rosamel un testigo de la historia, pero uno que la debe escribir rápidamente para atender el plazo urgente dominical para *La Nación* de Santiago.

Una crónica instantánea, compuesta desde la urgencia y gracias a su "radiante Remington", como nombra a su máquina de escribir en una carta a su amigo Humberto Díaz-Casanueva. Para Rosamel, la mecánica y la poética, no van la una sin la otra, del mismo modo en que su escritura más periodística, no abandona nunca a la poesía.

A pesar de la presencia de alguno que otro error de tipeo, esa velocidad entre la escritura y la publicación de sus notas (algunas con menos de un mes de distancia), dan cuenta de la urgencia del envío, hecho que nos permite como lectores casi oír el tecleo acelerado de su Remington, mientras él mira sus apuntes y firma acelerado su entrega para luego llevarla a tiempo al correo. Sin embargo esa mezcla entre prisa y pasión le ganan a su reciente conocimiento de la ciudad, así como también a su paulatino encuentro con el otro, con su lugar como extranjero, con el idioma inglés y su variante norteamericana.

NOTA EDITORIAL

Esta compilación además de tomar como base la anterior publicación ya nombrada, *Crónicas de Nueva York* (RIL-DIBAM, 2002), editada por Pedro Pablo Zegers, la cual constituye un invaluable trabajo de archivo que recopila muchas de las crónicas de *La Nación* escritas por Rosamel del Valle entre los años 1947 y 1960 (con un silencio entre los años 1950 y 1954, y luego hasta 1960, año en que se publica una última crónica). Este antecedente publicado por la DIBAM y prologado por Leonardo Sanhueza, dio a conocer por primera vez el trabajo periodístico de del Valle.

En este volumen, se han recogido varias de estas crónicas, específicamente las escritas sobre y desde Nueva York, dándole prioridad a aquellas publicadas entre los años 1947 y 1950, de manera de captar la esencia de la novedad y el asombro (así como también la nostalgia) de los primeros años en la isla de Manhattan. A esta selección se han agregado otras crónicas inéditas, algunas encontradas en *La Nación* y otras publicadas en el periódico *Crónica* de Concepción, pertenecientes a la misma época.

A este importante hallazgo se sumó el trabajo de edición y selección, el cual ha sido realizado en conjunto con los editores de La Pollera, Nicolás Leyton y Simón Ergas, con quienes hemos escogido estas crónicas, de modo de poder entregar a los lectores una muestra lo más representativa y diversa del trabajo periodístico de Rosamel del Valle, reporteando exclusivamente desde Nueva York y otras ciudades cercanas para sus compatriotas hacia quienes, cabe señalar, se dirige siempre como si fueran todos esos lectores, amigos cercanos, colegas, compañeros. Se dejaron fuera de esta edición otros escritos sobre su viaje Europa, presentes en la edición de Zegers.

Así, esta selección pretende no solo recobrar una parte de la obra del poeta del Valle, sino que reactualizar este cronista y la edición anterior del año 2002. De este modo, se decidió excluir aquellas crónicas y reseñas publicadas más antiguas, entre los años veinte y treinta, en revistas y publicaciones periódicas tales como: *Claridad* (1920-1932), *Tierra* (1937), *Aurora de Chile* (1938-1940), *Frente Popular* (1936-1940), *Pro Arte* (1948-1956), la publicación vanguardista *Ariel* (1925) (de la cual Rosamel fue uno de sus firmantes) y el periódico *La Hora* de Chillán. Sobre esta edición cabe señalar que se han incorporado ciertas referencias temporales o de autores en notas al pie de página, de manera de poder situar históricamente a ciertos autores u obras allí nombradas, que hoy en día pueden resultar desconocidas para muchos, así como también lugares que ya no existen, usos del español que han caído en desuso, así como también del inglés o datos que contribuyan a contextualizar las crónicas para el lector actual. En lugar de seguir un orden cronológico de la aparición de las crónicas en el diario *La Nación* de Santiago y *Crónica* de Concepción, se las agrupó temáticamente como se describe a continuación, pero manteniendo la cronología en el orden interno de cada sección. Por último, cabe señalar que se corrigió la ortografía antigua, y se dejó con la marca "ilegible en el original", aquello que fue imposible de descifrar en el impreso del periódico, debido a la antigüedad del papel o la sombra del microfilm.

Postales coloridas

Recorridos por la ciudad de Nueva York

Chinatown o los misterios de Nueva York

La Nación, 16 de febrero de 1947

He ido a Chinatown, de noche. Y a la vista multicolor, pintoresca, extraña y mágica del barrio chino, recordé las emociones inolvidables de las primeras películas de aventuras del cine mudo, Los misterios de *New York*, *Los fumadores de opio*, *El peligro amarillo*, etc., y en las cuales Perla White, Sessue Hayakawa y otros astros de entonces, daban las más singulares emociones a veinte centavos la platea. ¡Oh, tiempos del Teatro Arturo Prat, del Avenida Matta, del American Cinema! Y ahora ahí mismo, en esas callejas de no más de sesenta metros, a pesar de las luces y con los miles de ventanas con ojos oblicuos, y en donde uno ve asomarse de pronto la cabecita de porcelana de una china que ya no es princesa, sino que acaba de abandonar la Universidad, vuelvo a sentir la atracción, el misterio, el clima tenebroso que estremeció mi adolescencia, pero que ahora da la sensación de la mayor tranquilidad del mundo.

Abraham Nadel, nacido en Odessa y hoy ciudadano norteamericano, caballero gentil, trotamundos, políglota, músico, es mi cicerone en esta noche mágica y va señalando y comentando cada calle, tienda, bar, piedra o farol de esta bellamente endemoniada Chinatown. A veces hace una pausa, confundido con los recuerdos de las ciudades que ha visitado alrededor del mundo (estuvo en Chile en 1934), y yo aprovecho sus breves silencios para mirar hacia todas partes, para extasiarme delante

de las vitrinas donde los objetos chinos, que van desde el tamaño del ojo de una aguja hasta el de un elefante, flotan allí como sujetos por imanes invisibles, y en cada uno de los cuales vibra la llama secreta de Oriente.

Chinatown está ubicado junto a otros barrios no poco extraños, aunque no tan pintorescos. Así, por ejemplo, al principio de la calle Bowery hay una plaza desde donde salen ocho calles, y cada una de ellas conduce a un barrio. Al barrio judío (tres grandes diarios, con edificios monumentales y restaurantes sin carne); al barrio italiano, con inconfundible olor a queso parmesano, a "spaghetti", y con evocadores acordeones napolitanos; al barrio sefardí, donde los tenderos hablan, o gritan más bien, en castellano; al barrio rumano, donde uno cree que va a ver de pronto al primer Panait Istrati, al de la pobreza, al de "Kira Kiralina"; al barrio latino, al de los artistas, al menos lúgubre que el de la 116 Street, donde Puerto Rico es toda Sudamérica; y al barrio chino, el Chinatown, el de *Los misterios de New York*. En cada uno de estos barrios hay negocios y sitios con las características de cada raza. Y es fantástico el tren elevado, el único que va quedando de los antiguos y que cubren los setenta metros de ancho de la calle Bowery en algunas de cuyas cuadras creí reconocer los bares lúgubres de la calle Diez de Julio o de Andrés Bello, de Chile. Allí está el lado oscuro de la maravilla neoyorkina: la miseria. Grupos de individuos mal vestidos se venden ropas viejas unos a otros o esperan a la puerta de los hoteles de veinte céntimos la cama. O bien se divisan agrupados en estrechas salas a la espera de los lechos que acaban de ser abandonados por otros miserables y que en esos instantes los están "calentando" para los nuevos huéspedes. Más allá, docenas de fantasmas tienden la mano para un *dime* (dáim). Algunos para

el hotel, otros para el bar. Como en todas partes del mundo. Y hay que darles algo, sobre todo si se piensa que a pocas cuadras de allí se alza el brillante Wall Street.

Yo he tenido que dejar de lado el encanto para ver esa terrible oscuridad, esa vida infernal, aquí donde todo el mundo tiene posibilidades de vencer la miseria, al menos en apariencia. He visto ese endemoniado tren elevado de la calle Bowery y su viejo tranvía amarillo, en el que no viaja nadie, también en apariencia. He visto allí, en esa calle que debió ser la calle céntrica de la Nueva Inglaterra, la botica más antigua de Nueva York, fundada en 1806, y todavía en plena actividad. He visto allí el viejo puente Manhattan bajo cuya ferretería se podrían cometer los crímenes más espantosos y donde, por primera vez, he visto también besarse en público a una pareja romántica, allí es esa negrura especial para los asesinatos. He visto el famoso Park Avenue Market, el verdadero mercado persa de la imaginación, y donde el mundo se reduce a las verduras, a las frutas, a las carnes, a la locura estomacal. Allí hay unos enormes quesos y unas nueces, a las que se ha tenido la paciencia de marcar a cada una el nombre del productor. He visto las lechugas gigantes y las lechugas pigmeas. He visto las carnes vacunas más provocadoras de la gula y las frutas más apetitosas. Y, sin embargo, a pocos metros de allí, el hombre más desgraciado del mundo, el hombre de "tanta hambre como fe", de Dostoievski, tendía sus manos inútiles al transeúnte. El vicio o lo que sea. Pero miseria, al fin. Y yo le he visto temblar bajo el paso del tren elevado de la calle Bowery.

Pero hay que volver a Chinatown. Las calles Montt, Pearl Doyers, invitan a recorrer las tiendas comestibles, de objetos de arte, de barberías olvidadas, de máscaras fantásticas y escalas subterráneas no poco especiales para el crimen.

"Shop Barber-Tattooing", dice más de algún letrero luminoso. Y los chinos yacen allí tendidos horizontalmente y como sobre camillas. Y los hábiles oficiales de un barbero italiano, cosa singular, con más de cincuenta años de oficio entre los chinos, hacen maravillas con la docena de pelillos de cada parroquiano o bien tatúan a descontrolados marineros que luego desaparecerán por los puertos del mundo como tatuados en Bombay o Calcuta. "Se tiñen los ojos", dice otro letrero luminoso. Y siento unos deseos irresistibles de entrar allí y hacerme cambiar el color de los ojos: elegiría un rojo, un amarillo, un sepia, un naranja. Un color Lautréamont, por ejemplo, para sentirme en paz con la poesía y conmigo mismo. Pero las carcajadas de Mr. Nadel me contienen. Y seguimos de paso por las callejas de dos metros de ancho y a las que los chinos demoran cinco minutos en atravesar. Nada de vehículos. Es casi imposible que los haya dentro de esas cinco manzanas misteriosas, donde serían un insulto al secreto. Todo el mundo va a pie de un lado para otro. De hoyo en hoyo. Y mientras tanto, en las trastiendas sonríen los ojos oblicuos de un viejo mandarín nostálgico. O los de una china anciana con dos colmillos. O los de una joven a quien la potestad paternal ha encerrado allí por algunas horas para recreo de los visitantes. O los de un dragón de marfil pintado de verde y que echa humo por las narices. O los de un Buda solitario.

Y escenas orientales por todas partes. Los maniquíes de las tiendas son tan delgados como una caña de bambú y lucen trajes de reinas y princesas en tránsito hacia el cuarto cielo. Y los grandes Budas, las imágenes de marfil del sagrado "Solitario de los Sakias", presiden la fiesta con las manos cruzadas sobre el vientre mágico, por cuyo ombligo respira el "aura" del Nirvana o del infierno.